

PERSPECTIVA

¿GESTIÓN DE LAS ARTES EN CHILE?: LA URGENCIA DE UNA CUESTIÓN PREVIA

El llamado "campo de la cultura y las artes" es sin duda un área más bien marginal al interior de los lineamientos que rigen las actuales agendas políticas de nuestro país. No es novedad lo que digo y, claramente, no es una condición particular del presente gobierno. Llama la atención, sin embargo, que esta marginación se fue instalando y agudizando según trascurrieron los diferentes gobiernos de la ya antigua Concertación.

Mauricio Barría

Dramaturgo, Doctor en Filosofía con
mención en Estética y Teoría del Arte
de la Universidad de Chile.
Académico e investigador del
Departamento de Teatro de la
Universidad de Chile.

Sin duda, a comienzos de los '90 las expectativas de los actores culturales eran enormes. Como muchos otros sectores, los trabajadores de la cultura y el arte habían sido no sólo una firme trinchera de resistencia contra la dictadura militar, fueron también las caras visibles que colaboraron en los procesos sufragales que terminaron formalmente con el gobierno de Pinochet. En ese entonces se reclamaba por la necesidad de cuidar este sector, entendiendo que la actividad artística y cultural difícilmente podría ingresar en la lógica reproductiva del mercado. Así fue como Lagos se constituyó como el glamoroso adalid de esta protección y, primero con la implementación de los Fondart y luego con la instalación del CNCA, pensó que se saldaba una deuda. Sucedió como si para la Concertación fuese suficiente un proyecto de desarrollo del área basado en la creación de un sistema de financiamiento y un aparato burocrático que lo pudiera contener y legitimar. Pero la cuestión de fondo no se atacó, a saber, la necesidad de pensar una política para el sector en su totalidad, una política participativa y congruente con las grandes transformaciones que la sociedad chilena requería para dejar, de una vez por todas, el espectro de la dictadura militar.

¿Qué pasó? Algo simple de describir y difícil de defender. Ya los sabemos: los gobiernos de la Concertación, lejos de generar esos grandes cambios, se constituyeron en continuadores del modelo instaurado ilegítimamente por la dictadura, e incluso lo mejoraron. Sin entrar en los detalles que todos conocemos, me interesa enfatizar una cuestión más bien sutil. La lógica de lo neoliberal supone un modo administrativo de comprender lo político, en el que se subsume lo político a la política. Este pragmatismo, que podríamos también llamar racionalidad instrumental, decide a propósito de la urgencia y del diagnóstico de la necesidad emergente. La acentuación de la marginalidad del campo artístico-cultural en la agenda pública se explicaría a propósito de este "urgentismo", que mira siempre a corto plazo. Qué duda cabe que en Chile hay problemas más urgentes y graves que el fomento de la cultura y las artes, problemas a los que hay que *hincar el diente*. Lo que llama la atención otra vez es que las áreas sensibles, como la educación, la energía y el medio ambiente, o las llamadas "leyes con apellido", que buscan producir mayor igualdad jurídica entre los chilenos conforme a este pragmatismo, son reacciones cuyo origen se encuentra en los movimientos sociales –que ya desde el 2006 comenzaron a estremecer la tranquila quietud del seno gubernamental– y no propuestas de este u otro gobierno, y hoy, sin embargo, son los puntos álgidos en la agenda.

¿Llegará el campo de la cultura y las artes a este nivel de urgencia? Tal vez lo antes dicho nos indica cuál sea el camino, pero eso es tema de otro momento. Lo importante aquí es que nada de esto va a cambiar si antes no cambia la manera instrumental que tiene el Estado de



“En consecuencia, cultura no es mera información (eso que alguna vez se denominó “cultura general”), sino la trama de significaciones que necesitamos para existir”.

comprender este sector, como si fuese un sector productivo simplemente. Cuando he afirmado que la gran deuda consiste en que no se ha convocado a pensar una Política Cultural con mayúscula, significa que todavía no sabemos o no queremos saber cuál es el rol y el lugar que ocupa esta actividad, pero no en sí misma, sino que integrada a los grandes problemas que afligen a nuestro país. Una Política Cultural está íntimamente imbricada a los cambios que requiere nuestro actual sistema educativo, está asociada esencialmente a las demandas ciudadanas en relación a un cambio constitucional, a la prosecución de derechos civiles propios de una democracia moderna. El campo de la cultura y las artes es transversal, no es un sector, es la condición de posibilidad del desarrollo de una nación bajo un esquema republicano.

El presente gobierno podrá realizar todas las modificaciones de índole económico e incluso administrativo, pero con ello no va a mejorar los estándares en educación mientras no entienda que de nada sirve tener educación gratuita si el tiempo que los estudiantes no están en la escuela no lo dedican a leer o consumir experiencias significativas, sino que ven teleseries y programas de farándula; si cuando prenden la radio sólo escuchan la música que alguien ha dictado está de moda; si cuando navegan por internet lo hacen para resolver tareas y no con afanes exploratorios. Dónde un estudiante aprende a ampliar la cabeza, dónde un estudiante

comprende que la vida está más asociada a las preguntas que a las respuestas hechas, dónde un estudiante podrá encontrar experiencias estimulantes y desafiantes, que no le solucionen los problemas, sino que le planteen nuevos.

La cultura y el arte no son un ornamento de festividades, ni la coreografía conmemorativa del poder: son la función de lo simbólico en una sociedad que constituye la trama desde la cual se levanta. Si esa trama es prefabricada, demasiado simple, lo que tenemos es sujetos que creen vivir en un mundo sencillo cuando la verdad es que posee una gran complejidad. La responsabilidad del Estado es educar en esta verdad y eso significa enfrentar a sujetos que serán más críticos, a una sociedad de mayores diferencias en la que el disenso es el modo natural de vivir y no la farsa del acuerdo que algunos trataron a espaldas de otros. Una sociedad republicana entiende el desarrollo de la cultura y las artes como prioritario y no como un bien de consumo o un mero sector productivo. Por eso al hablar sobre gestión en las artes, debe darse el giro antes descrito o cualquier cosa que intentemos quedará sólo en las buenas intenciones. ■